

Ni los marinos que hacían la carrera al norte, orillando las costas de Chile, ni los bolivianos, dueños del predio en que se alzaba Antofagasta, tenían la menor idea de que un día sería uno de los puertos más importantes del Pacífico. Antofagasta nacería sobre tierras y mar de *La Chimba*, o *Peña Blanca*, nombres ya casi olvidados.

Pero vino un hombre: el CHANGO LOPEZ, Juan López, que al decir de la gente informada no era chango, sino huaso de Copiapó. Lo cierto es que fué ese hombre quien descubrió y habitó, solitariamente, La Chimba, o Peña Blanca. También descubrió el agua de la quebrada de Cerro Moreno, edificó un refugio y se dió a explorar el tremendo desierto que un día tuvo un parto milagroso: entregó el nitrato del Salar del Carmen, y también el Cerro de la Plata, rebautizado por los descubridores con el nombre de CARACOLES, una de las riquezas más grandes que ha dado el planeta. El Chango López, el primer habitante de Antofagasta, era minero; en busca de fortuna arribó a esa zona; trabajó desesperadamente, cerca de las manos tuvo la riqueza; la cogió alguna vez, mas el destino adverso le impidió cobrar el fruto de su esfuerzo. López fué el símbolo de la mala suerte.

Unos franceses, de apellido Latrille, se enriquecieron explotando las guaneas; don José Santos Ossa y don Francisco Puelma encontraron el salitre, y don José Díaz Gana, asociado al barón Guillermo Arnoux de Riviere, el fantástico Cerro de la Plata. Dos expediciones había practicado en busca del cerro legendario, sin provecho alguno; las manos del desierto le hicieron daño, estuvo a punto de retroceder; pero determinó hacer una nueva tentativa. El barón Arnoux se fué a Francia, pero dejó el dinero para la nueva intentona. Y fueron hombres de minas los que encontraron el famoso Cerro de la Plata. Sus nombres hay que anotarlos: el jefe de la expedición fué Simón Saavedra, y los acompañantes, Ramón Méndez (Cangalla), José Méndez, Ramón Porras y Ezequiel Reyes. La hazaña se cumplió o debió cumplirse el 13 de mayo de 1868, no siendo segura esa fecha.

La voz de la plata se oyó en todos los corazones aventureros; millares de hombres de minas, comerciantes, mujeres y trabajadores inundaron Caracoles. Fueron muchos los pedimentos, muchas las minas. Los senos de la tierra no se cansaban jamás de dar plata. El roto de Chile acudió el primero; no le arredraba el desierto sin agua, quemante en el día, helado en la noche; él reía y cantaba. Los poetas populares hicieron versos elogiando a los descubridores chilenos. Y surgió una copla:

*"Viene un enganche y me engancha,
y me voy pa' Caracoles;
y de allí traigo hartos SOLES,
pa' remoler con los mauchos."*

Se vió de nuevo la avidez de California y Chañarcillo. La voz de la fortuna es cosa de encanto: es dolor, duda, temor y acumulaciones de deseos. ¿La muerte? ¿Qué significa la muerte, si al margen de ella se puede encontrar la fortuna?

Para llegar a Caracoles, a 18 kilómetros de la costa, había que entrar por Cobija, hoy ciudad muerta; la distan-

cia aparente es corta pero la ruta, espantosa. Y he aquí como Caracoles determinó la creación de Antofagasta, misera aldea sin porvenir antes de ese descubrimiento.

Dos hombres animosos, don Francisco Bascuñán y don Justo Peña, fueron a Caracoles, descubrieron minas y resolvieron lanzarse al desierto en busca

de ticos, sin más perspectiva que enriquecer a los ricos y jugar sus vidas con los dados de la muerte.

La ciudad, en aquel tiempo, semejava una mancha de sombra junto a la claridad del océano; parecía un gran pulpo succionador de vidas. Poseía muchas calles, donde vivían la gente de trabajo y los maestros; pero había una nombrada *Nuevo Mundo*, donde medraban las casas de amor, frente a cuyos portales brillaban los más fantásticos faroles.

En toda su extensión reinaban las canciones y las cuecas —entonces, zamacuecas—, y en todos los sitios la razón suprema era la embriaguez, con su cortejo temible de incoherencias. Los rotos aparecían con los bolsillos rebozantes de monedas, que arrojaban a la calle, como quien dispara pedruscos. El más insignificante pedía *cient vasos de ponche*.

El amor iba con el que poseyera más fuerzas o mejor supiera esgrimir el corvo, ese mismo corvo que hiciera célebres a los soldados del Batallón Atacama, formado por mineros.

Hubo pecadoras célebres. Se dice de una que, sorprendida en Santiago buscando esclavas blancas, y a la que, para dejarla en libertad, le exigieron como garantía una crecida suma que no llevaba encima, dejó en prenda sus joyas, avaluadas por la autoridad en 500.000 pesos de aquella moneda de peniques. Ese medio millón representaba, proporcionalmente, trozos de vida del pueblo de Chile, tan sufrido y tan desorientado.

También las calles 12 de Febrero y Angamos —hoy Manuel Antonio Matta— lucían esa especie de negocios. Y había uno más, un tanto oculto o disimulado, que llegó a ser el punto de reunión de toda la ciudad, sin distinción de clases. Llamábase *Las Delicias del Canario*. Atraía, probablemente, ese nombre, por parecer arrancado de algún relato de piratería. Un día, alguien escribirá la novela de aventuras de Antofagasta y hará una obra de gran palpitación.

Los viejos, sentados a la orilla del mar, queman sus cigarrillos y piensan en las macabras caravanas vestidas de seda, del pecado tan fascinante y tan fugaz. Se estremecen todavía al recordar a las maravillosas mujeres, venidas desde todos los rincones del mundo, a Antofagasta, a cambiar pecados por oro, a confundir lágrimas con risas, y placer, con muerte.

A. A. H.

Plumas Nacionales

LA HISTORIA PINTORESCA DE ANTOFAGASTA

Por Antonio Acevedo Hernández

de una ruta más corta. Fuerte era la aventura, pero la intentaron. Bajaron la serranía y tomaron un cauce muerto, o tal vez una quebrada, y al cabo de unas peripecias trágicas se encontraron en La Chimba, que después fué Antofagasta, el hogar y la esperanza del Chango López...

Corto, relativamente, resultó el camino; los aventureros y los hombres de empresa lo aceptaron; perdió Cobija su prestigio, y en la tierra del Chango sin tierra, Juan López, surgió un poblado que, en muy poco tiempo, sería el floreciente puerto de Antofagasta, con prensa, iglesia, bomberos, escuelas, teatros, industrias, etc.

Debió fundarse como aldea en 1868. Es interesante anotar que los tratadistas están en desacuerdo con la fecha de la efectiva fundación de la aldea de Antofagasta y también del puerto.

El factor más importante en la fundación de Antofagasta fué sin duda el descubrimiento del camino que acortaba la distancia entre la costa y el mineral de Caracoles; pero nadie presintió lo que llegaría a ser.

Si se considera que en Caracoles la población alcanzó a 20.000 habitantes, que sumados a los del salitre formaron una gran cantidad, y que Antofagasta era una ciudad llena de comercio, debemos admitir que esa gente invadiría al puerto en busca de esparcimiento. Le era necesario separarse del desierto demoleedor. En Antofagasta lo encontraría todo, desde las cosas más apremiantes, hasta el vino y el amor. Por lógica, la ciudad debió ser el más resonante sitio de riqueza y vicio.

— * —

Con el descubrimiento de los minerales de Caracoles y Huanchaca, que alzaron sus altos hornos en Antofagasta, que derramaban un río de metal precioso sobre la ciudad, vino la edad fantástica, increíble, de la población: envueltos en el brillo del oro, formaron allí su aquelarre los siete pecados capitales.

El dinero se ganaba a manos llenas. En verdad, costaba esfuerzo, pero, ¿qué podía importarle al estupendo roto el esfuerzo? Los establecimientos de Huanchaca, Templemann y Caracoles reunían, como se ha dicho, muchos obreros que ganaban mucho dinero y vivían la peor de las vidas. Derrochaban sus ganancias y su salud; estaban desatendidos por las autoridades y eran diezmados por los caciques poli-